

I PREGÓN DE LOS ESTUDIANTES
Pronunciado el sábado 2 de marzo de 1991
en la Iglesia de San Francisco
- Real Monasterio de San Zoilo -
por
D. Francisco Montero Galvache

Queridas representaciones de las hermandades de Antequera, querida juventud, entrañablemente entregada a esta Real Cofradía, tan venerable, del Cristo Verde, del Nazareno de la Sangre y de la Santísima Virgen de la Vera Cruz, se oras y se ores, queridos cofrades todos. Permitidme, que aun cuando sea brevemente, por aquello que decía Oscar Wilde que rechazar un piropo puede ser en el fondo deseo de recibir dos, agradezca a mi querido amigo José María González Bermúdez, la generosa presentación que ha tenido la amabilidad y la gentileza entrañable y amiga de hacer de mí, en esta nueva venida a Antequera, y a esta Cofradía, tan ejemplar, tan edificante y de un futuro tan importante para la totalidad de la obra redentiva e imaginera de la Semana Santa de Antequera. José María González ha hecho, a parte de la valoración justísima de lo que el Cristo Verde como Cofradía significa, una alusión biográfica a mi tarea por la vida mariana y religiosa de Andalucía y de tanta España que debo yo agradecerle muy sinceramente, como él sabe que es nuestra amistad, ya de unos a os, y ese recuerdo, especialmente conmovido que ha tenido para nuestra común y queridísima villa del Valle de Abdalajís, y a esa Peana, nacida en Sevilla, de las manos y de la ilusión de José Conejo Mir, catedrático de Dermatología de Sevilla, tantos a os, y a la que he venido, en algunas ocasiones a cantar en su Virgen de los Dolores, en su Soledad, en su cante y en tantas bellezas como tienes ahí, tan cerca del Torcal y de Antequera. Por todo, muchísimas gracias José María y ya sabes lo mucho que nos compromete a nosotros esta Hermandad de Antequera con el Valle, que tiene siglos de medida y que tendrá siglos de comunicación también.

¡ Os vuelvo a abrazar junto a la Cruz !.

Hace nueve a os vine aquí con mi palabra a hombros, desde la luz de Sevilla, a pregonar vuestra Semana Santa. Era el tres de abril de mil novecientos ochenta y dos, deslumbraba los Remedios de exhalación del color encendido. Se me llenó el alma de alegría mariana. Por espinelas rubiqué entonces mi cántico. María sostiene mi corazón desde siempre, y mi oración, desde que nací allá, en el Carmelo Naval de la Isla de San Fernando. Luego, tantos a os ya, María Santísima sigue hablándome en mi tiempo, en mi tarea, en mi vida toda.

Aquella noche de aquel Pregón, decía entre muchas cosas mi palabra: Ella es la Esperanza, el árbol, el ancla, la columna, la campana y la requiebraba mi alegría diciéndole:

Alégrense antequeranas
las Vegas de los Rosarios
y ábranse en los campanarios

los nardos de las campanas.

Todas las lenguas
Dianas sean de los cielos ya,
y canten ese maná
del vuelo del Madre mía
que por abril y María
al pie de la Cruz está.

Luego fue el canto a la azucena del escudo y toda la Semana Santa, y el adiós desde el Portichuelo. Alguien tal vez recuerde aquel piropro que yo sentía como un aleluya evocable siempre en mi alma:

Capilla del Portichuelo !
A qué nombre por ti juega ?
Será por ti verde Vega ?
Portichuelo o Porticielo ?
Será por ti hermanaquera ?
Por su altura campanera,
su nombre mejor sería:
Portiazul, PortiMaría,
Portiamor, PortiAntequera.

Me dio mucha alegría que los Estudiantes me escribieran llamándome a este Pregón del Cristo Verde. Se podría decir ya, juventud antequerana que el Cristo Verde sostiene sobre la fe bien guardada.

Antes de ayer acabó el tiempo Candelarista o de la Purificación, personalmente yo estoy y vivo entre mi madre y mi hija que así Purificación se llaman. Estoy como repartido

entre la una y la otra. Una tira de mí, llamándome; otra me impele alentándome, como decía Juan Ramón: " Y el corazón distendido ". Una está en lo eterno, y la busco y la espero; otra está en el tiempo, y la adoro.

Buena tierra ésta, antequerana por María, por el arte, para ser íntimamente mariana. Marzo es ahora, como ayer mañana, ya lo hemos pisado, respiramos en él, en su aire Josefino. Pronto vamos a tener equinoccio, en cuanto pase San José, igual da del día y de la noche, invitación a la serenidad, al equilibrio. Marzo es guirnalda del primer verdor. Está por ello bien que el Cristo Verde tenga su Pregón en marzo, Él es todo verdor esperanza, atrio de la primavera joven.

Marzo de las yuntas boyares, de la siembra esperanzada del fruto. Minerva lo guardaba, Minerva es la inteligencia. Corona de laureles sobre la frente de los flámines del sacerdocio romano, necesidad del sacerdocio sublimado y siguiente, Iglesia ya predicada. Así se levantaba aquella Roma que había de hacer Papal y Augusta.

Marzo incluso malagueño en Alhaurín el Grande, donde fijaos, naciera y muriera un Ildefonso Marzo, glosario de la medalla de Nerón allí encontrada. Sabe muy bien mi corazón a qué tierra viene, sabe mi palabra a qué hermosura viene a cantar. Aquí entregó Santiago la Virgen de los Remedios a Fray Martín de las Cruces, en el sitio que llaman de las Suertes, entre el Cañuelo y Torreárboles. Andado el tiempo la encarnaría Miguel Márquez, ya en el XVIII, y le puso los ojos de cristal a la Virgen de los Remedios, en una acción imaginera como de oftalmología de la piedad. Fue como resolver una celestial catarata, perdonadme porque vivo en estas vísperas de la mía, de la oración. Alegría de los peque os acontecimientos del amor.

Marzo tiene en su centro a San José, es como si una vara de nardos nos invitara a la pureza siempre. Pureza y juventud, no hay mejor símbolo de una entrega en Cristo. Déjese que por fuera truene toda tiniebla. Las tinieblas pasan, queda siempre la luz. Nada nos da a cambio de una supuesta entrega de todo cuanto la pureza significa, no hay cambio posible que la supere. El vacío vital a cambio de la renuncia ?, no interesa el trueque. Más rentable es la gracia Josefina, la gracia cofradiera, la gracia, siempre. Resuelve la vida, alza el tiempo, conmueve que no arredra. Tenemos que estar junto a la juventud. Se diría:

Cristo de los Estudiantes,
el corazón tiene cielo
cuando puede con la sangre.

Seamos para ellos, circule la vela de la paternidad acompañante sobre cada tiempo. Mejor tiempo que éste para rehacer la clara idea del amor no puede haberlo. Se le combate porque es verdadero. Dígale la palabra, junto al Cristo Verde, por el terso cielo de la ciudad, que tiene a María arriba, en lo más alto, disparándole al azul enamorado de las piedras, flechas de oraciones:

Por la oscura mar del tiempo,
la proa del mes de marzo,
abre un camino celeste
al abril antequerano.

En el centro San José
iza su mástil de nardos
para que la juventud conozca
el hondo milagro
de tener tan cerca a Dios,
en la Cruz y en el Sagrario.
Por la inacabable gracia,
creada en un Jueves Santo,
blancor de la Eucaristía
en el silencio buscándonos.
Grumetes los Estudiantes,
siempre en Cristo navegando,
ponen Norte a la Esperanza

de guardia sobre sus pasos
y son alegre diana
para el Espíritu Santo;
que les dice: " Sed más fuertes
cuanto más estéis cargados ".
Nada detiene su rumbo de salvación,
y las manos llenas las tienen
de aromas de primaveras y cánticos.

Por la oscura mar del tiempo,
la proa del mes de marzo,
abre un camino celeste,
al abril antequerano.

Antequera es una tierra
que tiene arriba, en lo alto,
la Mayor Santa María,
siempre de guardia velando.
Se transfigura su gracia
en torre de reloj santo,
en jardines como alfombras,
en botareles y arcos,
en augusta piedra estática,
en Pe as de Enamorados,
en Torcales que parecen,
arqueológicos teclados
de azules y grises órganos
por el dolor desguazados.
¡ Calle de los Herradores !
intercambiándose el blanco
con la blancura que viste
de gala la calle Rastro.
¡ Qué bien buscando la altura
de penitencia los pasos !
Vais buscando la alegría
de Santa María,
el Arco de los Gigantes,
la antigua redondez
del verde espacio más hermoso
que se pueda mirar al aire.
Y soñando frente a un tapiz
increíble de dorados campanarios,
donde las albas saludan
con sus primeros topacios
a los maitines más puros,
que Antequera está cantando,
en sus cielos de pizarra,
sobre el verde de su campo,
al pie de Santa María la Mayor,
dovela y arco,

testimonio de una estirpe
de vivos mitos hispánicos.

Por la oscura mar del tiempo,
la proa del mes de marzo,
abre un camino celeste,
al abril antequerano.

Os dije, en mi Pregón de la Semana Santa, que José María González ha evocado tan cariñosamente, hace unos momentos, que Antequera tiene como entronizada una azucena en su escudo histórico. Se mira intensamente esa piedra escudal, nobiliaria, y se la ve entera, florida, hecha ramo, como cubriendo con su aroma los cuarteles. No sólo se la ve, sino que se la aspira o huele en la historia. Seguro que ese resplandor, esa transparencia antequerana en su aire, de la azucena viene.

Exhala Roma Antiquaria, Arabia conquistadora, gótico vuelo de arcos, barroquismo andaluz, personalidad distinta a todas. Por la suma de grandezas, Antequera la antigua, cruzó las Vegas de su nobleza y se alzó a la dimensión universal que ya es su Roma.

Fernando de Antequera, el humilladero, hermandad cordobesa, San Fernando Rey, toda la historia converge aquí. Los Romanceros lo cantaban:

" El Infante don Fernando
tiene a Antequera tomada ".

La palabra del pregonero se detendría ahora en la Antequera feliz bautizante. Es una gracia que tiene la ciudad, iluminada por el Espíritu. El Pregón recogía entonces la gran Antequera simbolizada en la azucena. Luego entró en su historia, después pasó a sus valores todos, sus cofradías, una por una, sus Imágenes, tan impresionantes, su categoría, siempre en todo. Ahora será la feliz bautizante. Todo está muy bien nombrado por los antequeranos.

El soneto me dio entrada entonces, recuerdo inevitablemente los arranques, fueron tres:

Como el Olimpo nueve nombres tiene,
nueve almenas coronan el escudo.

Diría una y respondía otro:

Pintado en el escudo de Antequera.

Y contestaba el tercero:

La Vega, el Guadalhorce por abajo.

Y enfático y sonante, lleno de gozo, se rubricaban:

¡ Indivisible en glorias, Antequera !

¡ Qué escudo tiene el Sol, Sol tanta blancura !. Cuando ando donde quiera que estoy por entre tanto pregón, voy oyendo yo en mi silencio:

Cómo será
que entre montaña y Vega,
la coronó un Infante,
solarmente,
con el amor
de un ramo de azucenas ?

Aquí se puede decir: ¡ qué bien nombrado todo en Antequera!
Me gusta llamarla así, la feliz dominante o bautizante. Echo a soñar a la palabra:

Morita es la azucena,
liliácea es,
grande tiene la flor,
es muy blanca.

Sumo y penetrante es el aroma. Dos grandes virtudes guarda: la pureza y la virginidad. Por eso es maestra. Fernando I la hizo historia militar, orden castrense luego, faltando treinta y siete a os para que naciera la Reina Católica. Collar de oro tuvo por divisa. Colgaba de su perlería la Virgen Santa. ¡ Qué bien nombrado todo en Antequera !. Palacios, fachadas, calles. Que hay que poner un nombre sugeridor a un cerro en el Torcal, pues va la felicidad bautizante y lo llama de Santa Lucía, como dotando a su piedra de mejor mirada. Que hay que llamar a una de sus cuevas con sonoridad litúrgica, pues va la gracia bautizante y la llama de los Órganos, como para que retumbe y resuene bien su armonía. Que hacen falta nombres preciosos para su campo, lo llamará de las Adelfas, por ejemplo, así:

Adelfa, adelfita,
la raíz de sangre,
de verde la hojita,
¡ Lorqueñamente !

Y parece quedarse por el aire antequerano, una copla: los arroyos de Antequera por la gracia bautismal se llaman de las Adelfas, y no hay más que cantarlos. La suma de todos los enamorados adquiere dimensión de piedra y otra copla diría, resonando por la calle, por el postigo, por la Estrella, hasta la altura en cualquier rincón o torreón o espada a, que ya citábamos, aquella de Santa María, el amor está soñando en una Pe a que llaman amor los enamorados !, Ara pétreo del dolmen !, no cabe más dureza monumental, le llamáis del Romeral, no cabe hierba más fragante: " Al campo por romero y por amor ", que decía Juan Ramón Jiménez. Lo inerte, lo savial, el rigor y el aroma. Qué bien nombrado todo !. Florón del Siglo de Oro la escuela poética antequerana, a la que diera vuelos insignes aquel Pedro de Sepúlveda o de Espinosa, que entre fábulas y odas a todo ilustre hiciera suyo como custodia al Sol. Levántese la piedra que llaman Santa María en mi Antequera. Todo está aquí azucenalmente nombrado. Ninguna nobleza falta a la ciudad. En San Sebastián siguen los restos del caballero Rodrigo de Narváez, Alcaide y Alcalde mayor.

Epilepsia de la piedra fue llamado el Torcal, estallido, conturbación, fragor, colapso de la inmovilidad. Lo dijo mi paisano queridísimo, José María Pemán, con pasmo de nuestra tierra gaditana, como si el Torcal fuera un fornido oleaje de la mar brava en un contorno de océanos.

Por el sonido de las hidalguías saltan las primaveras de los nombres, Marquesado de la Pe a de los Enamorados, Marquesado de las Escalonias y del Pinofiel, la cruz que forman lo perenne y lo transitorial. La firmeza de la madera que crece para no morir y el aire que pasa soñando que es el INRI de la Cruz, y en su centro, donde la cabeza de Jesús: Antequera !. A un convento se le llamará Belén, y estuvo en las afueras !, como en el verdadero Belén de la peregrinación de la Sacra Familia, ahí, en el camino de Granada, y fue luego Clarisa.

¡ Bien nombrada la propia tierra en que estamos ! Esta fue la tierra más antigua de la santa tierra diversa de Antequera. Donde los franciscanos observantes, ermita era de San Zoilo desde la Reconquista, ínclita unidad Real que por aquí avanzó hacia la Alhambra granadí. Quince años duraron las obras, acabaron cuando llegaba a España por el Noroeste el César Carlos. Gloria y gozo de ese mundo franciscano de la portada. Al aire, la collera de las espadas, tan parecidas a la del Colegio de María de Jesús, que parecen dialogantes.

Capilla de la Sangre, de la Vera Cruz, hornacina del Poverello, campana sí, campana no. Una mira al suelo, al hombre, a la vida, a la penitencia. Otra, por el vano del campanil llama al cielo, a lo celeste. Espadas, color rosa de la piedra, de la sencillez, color de alba y alma, color de cosa remansada, Antequera. Gracia del tejadillo, aquí, en el templo, qué verdor!. Los pies del mínimo y dulce Francisco que hizo Diego Márquez. En la armadura no se quiere morir la policromía en el olvido. Lo quisiera abarcar todo la palabra del Pregonero, pero no es posible. Cúpulas, altares, esquinas, bóvedas, crucería, vidrieras, y la blancura delicada del yeso, quién sería el yesero, el estuquista, que por San Francisco anduvo ?. Cómo rezaría aquel Antonio Palomo del Retablo Mayor ?. Decía: " yo labro ángeles, yo no hago los santos, yo sólo labro ángeles, en el contrato está". ¡ Qué ganas de gloria no tendría !. Lo angélico puede ser siempre imitable, la santidad tiene que darla Dios.

Del retablo de la Encarnación se toma el diseño, lo rococó, lo modélico. Es que hablan en Antequera los retablos ?. Templo antiguo de la flagelación, de las cuasmas vitales, de los látigos voluntarios, de las vísperas crucificantes. Candelaria, Pilar, Miguel, Gabriel, ¿ me das tu venia, clavel, para que nazca en ti el Niño ?, dijo a María, Gabriel.

Gracia acariable de ese Niño de Carvajal que cuentan los papeles que sonrió desde el brazo de San José a los entalladores y los alarifes viendo el ensueño con que lo habían hecho. Manierismo del coro alto, sí, que sería la manera, un poco amanerada o manoseada, pero una manera airosa, de bien hacer, graciosamente en el arte.

Por el pueblo, andaría en volandas, la Imagen en vertidas en la cancioncilla:

Antequeranos !
el Niño ha sonreído
a los hombres,
en su altar de San Francisco.

Llamando a la viva fe, el Niño Jesús desciende del brazo de San José. Por cinco se multiplican los arcos de los medios puntos; la palabra lo dirá todo. Venera el silencio, adora los altares, reza al Nazareno de la Sangre, al Cristo Verde, a la Virgen de la Vera Cruz. Por el templo se empieza, por la casa, por la sede. La palabra se persigna simbólicamente y dice:

Más que oración en la fe
que en San Zoilo y San Francisco
los antequeranos ven.

De un ramito de azucenas
que está soñando en su escudo,
la fe a Antequera le llega.
A olor de Roma, Antiquaria huele
bajo el cielo azul,
la azucena antequerana.

Y, ¡ qué bien nombrada está
toda Antequera en los nombres
que su alegría le da !
De su suelo a las estrellas
asciende la luz cantando
la hermosura de Antequera.

Por ser en templos tan noble,
José Antonio Muñoz Rojas
la llama trufada en torres.

Porque quisieron los ángeles
que ella misma se nombrara
la llamaron bautizante.

Si Torcal, Santa María,
Gigante, Peña en amor,
Cerro de Santa Lucía,
Sabasona, Recoleta,
Pinofiel, Eufemia,
Pardo o Postigo de la Estrella.
Y, ¡ qué bien sevillaniza
en la casa Serrailler,
su recia prosapia antigua !
Allí el mármol de Antequera,
le dice ¡ olé ! al azulejo
de la alegría trianera.

¡ Cuántas cosas, Antequera y Sevilla
se intercambian por ser
las dos tan fraternas !

Y todo por ese ramo de flor
que tiene el escudo
en su pecho antequerano.
Todo por esa azucena,
que llena de cielo tiene
al corazón de Antequera.

Entre sierras levantada,
está probando Antequera
que es recia de cuerpo y alma.

Por jardines de varales
y de cruces, la ciudad
convierte en cielo sus calles.
Penas y gozos rodean
sus esquinas de un misterio
custodiado por saetas.
Y todo porque una flor
su blanco cáliz de aroma
sobre su escudo sembró.

¡ Antequerita, Antequera,
en tu frente están velándote
María y una azucena !

Cuánto recuerdo !. Antequera de la oración y de la penitencia. A cada súplica, por su camino especial cofrade. Por el Domingo de Ramos, cándidas voces celestes suenan llenas de ternura diciendo que Cristo viene. La calle, la bendición, la oliva, la palma. Por el aire, santificándose de la Semana Santa todo.

El Huerto de los Olivos,
su lento andar estremece
con las lágrimas de Cristo
que por el cáliz descienden.

Hay por todo el pasar de Jesús
un presentimiento del Cristo Verde,
cuando el romance exalta
al Santo Sacrificio.

Consolación y Esperanza,
estrellas de llanto vierten
desde su palio bendito
bordado con finos verdes.

Ya, cuando aquel Pregón, junto a la Guía de Jesús Romero, -¡qué buena prosa directriz!-, veíamos salir de San Francisco, de esta Casa Santa, a los Estudiantes queridísimos. Con su empuje, con su alud, con su torrente de corazones nuevos, en un ejercicio de honda misión, movida por la flagelación y por la Sangre. Gente buena de Antequera, como en el tiempo de la fundación. Flagelantes, la Sangre, la Vera Cruz, el Cristo Verde. Sí, antequeranos míos en la palabra, ¡ cuántos recuerdos !, cómo no tenerlos por compañía en este marzo ya del Cristo ?.

Eran en la calle la Piedad y el Rescate, se oían por el aire los versos del gran Pedro de Espinosa:

Primero que te olvide,
volverán los ríos a sus fuentes
y andarán los delfines
por los montes.

En la Trinidad viven esa Piedad y Rescate. Por el Martes Santo, la oración interior:

Apíádeme yo de los demás,
si quiero Piedad para mí.

Oleaje morado la túnica del Rescate, oleado cuaresma de culto oculto hasta la Resurrección. Mantillas vibrátiles y guapas. El alma antequerana, la belleza, el corazón de sus mujeres. Azul de mar el manto de la Piedad. Un andar como de pasitos de vega generosa. Sumándose los nombres se alcanza una plenitud de salvación. Decía entonces la palabra:

Antequera sabe un modo
seguro para salvarse,
que yendo por la Piedad,
va derecho hasta el Rescate.

Y respondía el clamor:

Cada túnica morada,
va diciéndole: ¡ Rescátame !

Sombra de Duque Cornejo en la gubia de Carvajal; ¡ Cristo del Mayor Dolor !, le decía Jesús Romero:"el Cristo conmovedor". Alientos de Alonso Cano desde la Purísima de Granada. Pero ¿cómo se te puede esculpir?, se preguntaba el imaginero. Se preguntaba también: pero eres expresable?, comunicable?. Y sí que lo era. Así nació el Mayor Dolor de Cristo, mediador entre la flagelación y la Cruz.

Qué bien nombrado todo en Antequera santa !. Lamentaciones redentivas en San Sebastián.

Dice Jesús: " Qué te hice pueblo mío ? "

Y va diciendo María: " Hay dolor que iguale al mío ? "

Armadilla total del Mayor Dolor, llanto de dolor inmenso, cantaba Hilario Calero. El Pregón iba paso a paso:

A tu dolor redentor
Cristo del Mayor Dolor,
por amor hay que llamarlo
para al cielo levantarlo:
¡ Cristo del Mayor Amor !

¡Cuánto recuerdo ahora, ya !. Todo se hace en esta puertecita de marzo, entre vosotros, jóvenes, pórtico del Cristo Verde, a Él vamos a ir enseguida.

Misericordia, Consuelo en el Jueves Santo, viejo arrabal de San Pedro. Allí bautizó Antequera a su poeta. Siempre la sombra del poeta por la grandeza lírica de la ciudad, por su aire templario. " Y di nobleza al valle y a las cumbres ", todo un símbolo, cumbres para salvarse. Todo el color penitente de los hermanacos. ¡ Qué gran palabra, qué gran palabra de sacrificio y de traslado !. La confraternización llama aquí a la hermandad con aumentativo, yo lo decía, asamblea peregrina de la tristeza soportada.

Andaluza y guapa, toda la cera bonita del Consuelo. Colorcito caña tostada el vestido y la mantilla de la preciosa Se ora Virginal. Campanilleritos de lujo !. La primera Vega se dirá: A la Vega al campo !, a que la Virgen mire el campo y cuaje sus ojos de espigas y de olivas.

Otro verdecillo aleteante, a la Vega que el Consuelo llega!. La palabra diría, como trazando el sonido de un ritmo de marcha procesional, de vaivén de andar de palio:

¡ Consuelo, Misericordia,
Misericordia, Consuelo !

El Pregón seguía rezando porque el alma de Antequera lo empujaba a hacerlo.

El amor por Antequera
cruza la noche sintiendo
por la Cruz Blanca el clamor
con que la Vega en San Pedro
está arrancándole a Dios
la promesa de su cielo.

Servitas de los Dolores, servicios a la pena del amor en la Cruz. Luego, el Nazareno, al que Andrés de Carvajal, talló caído sobre una dura piedra. La Se ora de los Dolores, de la Roldana, preciosa hasta la inefabilidad. Era como la celeste Lola del cielo. La cantaría una aleteante saeta:

La vestidura grana,
el manto negro.
A llorar las estrellas
todas se fueron.
¡ Dolorcitas de Antequera !,
quién para llorar contigo,
se abrazara con tu pena.

Vega de los Dolores; bengala, corneta, hurra, hermanacos valientes, Dolores !. Toda Antequera la quiere piroppear con el alud, y al verla sólo le dice: " bendita en tus dolores", y se le arrodilla. Las penas de las madres, no se arrodillan también?. Y le ruega:

Lleva en sí tantos dolores,
que ya dolores no quedan
que consuelen sus dolores.

Armadilla de Jesús y la Paz. Crece a su plenitud la pena sacrificada. Todo el Viernes sabrá esa Cruz. Descenso por la calle del Viento, por la cuesta de Zapateros, por Encarnación o Calzada, por Diego Ponce o Cantareros. Nazareno del Dulce Nombre!, qué bien nombrado. Ni un contrasentido, ni una antítesis, ni una Soledad que no tenga Consolación.

Los de "abajo", los de la Paz; oro y morado cuerpo nazareno. Dobla tus ramas, testimonio del día. Horquillas por el poniente. Gran púrpura, las manos horquilleras. El púrpura es el color del sufrimiento divino.

San Sebastián, plaza de la unidad. Los de "abajo", en la Paz; los de "arriba", el Socorro. Quiebro de la Encarnación y la Calzada, qué nada roce o ensombrezca la Paz !, qué esté siempre alerta el Socorro !. Es la aspiración suprema de la oración: Paz y Socorro final.

Abajo y arriba, como está todo creado; suelo y cielo, vida temporal y vida infinita e interminable. De "abajo" a "arriba" diciendo: Santa Vega de la Paz !, Oración igual a Socorro !. Porque todo es templo. Con el poeta sevillano se diría:

Antequera, en los labios.
En toda Cruz, el Cirineo;
primer hermanaco de la Tierra.

Nuestro modo de vivir tiene que ser en Armadilla, recogiéndonos unos a otros,
en familia, en Armadilla a Dios.

Yo soñaba una lisonja:

Teclas son las bambalinas,
órganos de seda y oro,
cantando por Antequera
a la Virgen del Socorro.

Pocas imágenes con las manos tan cruzadas. Va pidiendo al cielo, socorro
para su paso mortal. Se acerca la última Vega, cuánto amor Dios Santo, las
Vegas de Antequera !. Los aludes, las trombas, las cumbres del entusiasmo y
del fervor.

Yo soñaba:

¡ Señor !,
en el Portichuelo de la muerte,
haz que todos encontremos
la mirada de la Madre del Socorro.

Candelitas de la fe, decía Jesús Romero. Luego, la muerte, el entierro, las
campanas resurrectas, qué bien nombrado todo!. Los de "abajo", los de
"arriba"; suelo, cielo. Pero un terceto enmudeció la unidad en mi palabra:

Y Antequera, oración, al aire crece
haciendo de las dos ciudades
una e indivisible en glorias, ¡ Antequera!.

Este es el gran retablo cofrade para el relieve inmediato del Cristo Verde. Bajo
las espada as de San Zoilo y San Francisco, aquí. Cuando por el
sobrecogimiento resurge la Santísima palabra: ¡ Sangre !, el Pregonero dirá,
mirándolos al Cristo y a la Vera Cruz y al Nazareno:

Nazareno de la Sangre,
dásela a todas las almas,
cuando tu misericordia,
Sangre sea crucificada.

Lentos cirios, contenidas
por la oración, las palabras.
Un Nazareno de Sangre

rompe la piadosa marcha.
En su camino de muerte,
pelea la desesperanza
queriendo hacer de la pena
una Cruz esperanzada.
¡ Qué bien nombrada está
toda la Pasión antequerana !

En la Piedad y el Rescate,
por su vida trinitaria,
contenida está una y trina,
la luz bienaventurada.
Mantillas sobre los aires,
las redecillas levantan
jurando con primaveras
que el amor, la fe consagra.

La gubia de Carvajal,
con Duque Cornejo habla,
de las verdades divinas
que a toda criatura salva.
El Mayor Dolor de Cristo,
con las rodillas clavadas
en el duro suelo,
mira la tristeza desolada
que en sus dos orillas se abren
para el río de las lágrimas.

Nazareno de la Sangre,
dásela a todas las almas,
cuando tu misericordia,
Sangre sea crucificada.

Qué te hice pueblo mío ?
pregunta Cristo en la amarga
tarde de muerte y de gloria.
Mientras la Virgen estalla,
en un dolor infinito
que tiene estrellas por lágrimas.
Habrá un dolor comparable
al que abre mis entra as ?

La Virgen de los Dolores,
Lola del cielo se llama.
Por las calles van cruzando
las Armadillas cromáticas,
abrazando en sus colores
las fraternales campa as.

En los de "abajo", la Paz;

iza el Socorro su ánima,
y se cruzan en los tronos,
angélicas las escalas
de la oración de Antequera,
por la que suben y bajan
los Credos y Ave Marías
que dan a su fe las alas.
De pie se sostiene arriba,
el Socorro. Y sufre
y cantan las saetas
que en el aire en peticiones
se ensalzan.

Toda Antequera,
arrodilla su corazón,
en la estática oración
que de sus calles
hasta la Cruz se levantan,
mientras rosarios de bronce,
sobre torres y espada as,
todas las candelерías
a las Vírgenes aclaman.

¡ Nazareno de la Sangre !,
dásela a todas las almas,
cuando tu misericordia,
Sangre sea crucificada.

Porque esa Sangre es la que redime, la Sangre crucificada, no hay otro camino. Toda la Sangre es Cristo y todo Cristo es Sangre. Quedó incluso en la Consagración. Hasta hay en la liturgia, si santa por naturaleza, Santísima por la unificación redentiva, una misa que así se llama, de la Sangre Preciosísima.

Los Estudiantes están en Antequera a pie de liturgia viva, además de a pie de entusiasmo.

Los siglos en que tiene ocasión la imaginería antequerana, con sus dos nortes de Sevilla y Granada coinciden con la fiesta de la Sangre Preciosa. Llamarse así una Imagen es tener por estrella solar la Redención.

En la Sangre, por la Sangre, con la Sangre divina. ¡ Sangre de Cristo, embriégame !. Está hecha la Redención. Era culto muy antiguo en la Iglesia. En el XVI ya se celebraba en España. Nos acompaña siempre la maravilla textual de esa misa cuando dice: "precio de nuestra salvación ". La lanza en el costado dio Sangre y agua.

De un poeta malagueño, inolvidable, Emilio Prados, de los del 27, parece la exhalación que él tituló: " Alba rápida ", y que viene a ser como una oración de urgencia a la hora de morir:

Pronto, deprisa,

mi reino,
que se me escapa,
que huye,
que se me va por las fuentes,
que luce,
qué cuchillada.
Sobre sus torres enciende,
los brazos de mi corona,
qué ramas al cielo tienden,
qué silencio sobre el alma,
qué puertas cruza la muerte,
pronto, que el reino se escapa.

No parece una manera reverendísima de pasar a la otra vida. En Antequera, como diría Muñoz Rojas: "trufado en misericordia".

Me llamaron los Estudiantes, al mismo tiempo me hablaban en Sevilla, amigos entrañables casi unidos ya a mi sangre, a mi corazón y a mi recuerdo. Sólo diciendo Vega, o diciendo Portichuelo, Porticielo, estamos siempre recordando por Sevilla a Antequera. Por todo el Pregón irán fluyendo, emergiendo los verdes y verdecillos. O como podría el Pregonero decir, la torre de toda esperanza. Amigos míos, entrañables, Ramón Moreno, Manolo Rosales, tenemos siempre un recuerdo para Antequera, allí.

Porque verde es siempre esperanza. Se está desolado, se está en tinieblas, se siente el frío de la muerte y el recuerdo de todos los verdes se hace de pronto oración y súplica en carne viva. Te quiero Dios, Sangre de Cristo, Cristo Verde, Vera Cruz, Nazareno !. Sin duda alguna porque acechante, vigilantísima está la misericordia en Ellos. No da la impresión de que el Nazareno se echa a los hombros su propia Sangre en la Cruz inversa?. No la lleva por la calle de la Amargura ?. No está redimiendo al instituir la maternidad y la filialidad ?. Hermanos, ya, de una Madre al pie de la Cruz, nos hace una Nazarena Sangre, se podría decir, saéticamente; de una Sangre en la que viene todo el color esperanza. En el Nazareno de la Sangre no se sabe que asombra más. Para mí que el modo de ir a dar el paso. Cuando días pasados estaba con los amigos entrañables, con Juan Antonio, con Pepe, con Manolo, con Isa, viendo de cerca la Imagen, yo dejaba mi corazón en ese paso que va a dar. Una pierna tiene seguridad de columna, otra está en la flexibilidad de ir al paso siguiente. Es la versión peregrina, andariega de Jesús. El grabado que tanto honra su fervor y que los Estudiantes guardan en el Museo de la ciudad, que dirige maestramente Cascales, que con tanto cari o me lo explicaba y me lo exponía días pasados, se ha hecho Imagen. O de la Imagen nació el grabado ?. Puede que las fechas hablen por qué no ?. Los Estudiantes, cuando le entregaron el histórico documento y grabado, debieron decirse: " los papeles que guardan la honra de origen; a la custodia del Museo, que son las cajas fuertes, siempre, de las alhajas testimoniales ". Y lo cedieron, y allí está. Ellos hablan de cuanto en el grabado se contiene. El rostro un poco a la derecha, Dios va mirando el gentío que lo comparte. La mirada, profundamente humana, mira a cada uno y a todos. En el documento está la Imagen de frente, es ancha la túnica, está como oleada la vestidura; las manos sostienen el

travesaño de la Cruz de plata; un pie apunta el reposo que acaba de sostener, otro está como en el aire; ya os decía, iniciando la nueva "chicotá" como decimos en Sevilla del andar de los pasos. Lo hizo Francisco de la Torre ?. Jesús Romero, siempre Jesús Romero, porque con Jesús Romero tenéis un tesoro permanente; habla después de leer a Solana, que hay un Francisco de la Torre que hizo el Ni o Perdido de la Cofradía de "abajo", en 1784. Hubo incidencias posesionales por la Imagen. La tenía don Miguel Núñez, que se la había comprado a don Vicente Alba por 300 reales, apasionante averiguación. Algún día se sabrá. Cruz de plata en el recuerdo. El documento es inapreciable.

Está la constitución cofrade, está la norma, está el modo de ser procesionador. Hermanos de la luz, ¡ fijaos qué nombre !, los que alumbran. Cera a la mano, pero sin obligación disciplinada. Hermanos disciplinantes, que lleven las disciplinas y no la cera. Use la que la Cofradía tenga guardada en el templo. Eran hachas de luz como de a tres kilos cortos. Tienen que ser de cera verde. Siempre el Cristo; no es un nombre puesto al azar el del Crucificado vuestro. La Sangre del Nazareno crea la esperanza. Hay una unidad comunicativa en la trina imaginería de la Hermandad. Al refundar se hereda ya la cera verde. Sólo se usa cuando lo disponga el prioste o el mayordomo. Recuerda ese verdor naciente al nobel moguerño:

" Cera verde,
¡ qué verdor !,
endulza en la Cruz,
la crucifixión ".

Y el estallido de la alegría. El documento se ala que se haga la Fiesta del Sacramento y el octavario el mismo día que se celebre en San Francisco. Aquel que falte, pague media libra de cera de castigo. Que no falte la llama, la luz, el encendido, la cera ardiente. Que sean los Estudiantes fuego vivo, por el Cristo Verde, y en los agonizantes, llévese el Viático a todos, y al morir háganse exequias por todos también; la caridad extendida hasta lo interminable.

Pablo de Rojas con su honra propia lo custodia. Francisco de la Torre, Pablo de Rojas, ¿ quién fue ?. Emilio Orozco, decía que Rojas fue el inventor de los crucificados. De Granada era, en la tradición italiana está. Preciosa se llama la Santísima cabeza. Entre renaciente y barroco está, veneradísimo. Toda Antequera, al ir muriendo, quería dormir en su Real Capilla y dicen los textos: " estofado en oro y verde claro ". Verde claro, lo verde adorable. Le Hermandad de los Estudiantes antequeranos sabe muy bien cuánto vale ese verde esperanza que cada uno lleva en el rojo del corazón.

Mirada de Majestad sacrificada en la Cruz. Cuando testó, el regidor perpetuo, don Francisco Jaramillo, dejó dispuesto que se le hiciera una cruz de carey y plata, guarnicionada con 24 flores de plata también. Y el padre Llordén, que lo estudió, se preguntaba: " ¿ qué fue de aquella cruz ?, qué de aquél esplendor ? ". La palabra nazareniza la oración y se siente toda ella:

Nazareno de Sangre,
tan augusta Sangre
¿ qué amor la habrá desbordado ?

si por celeste ha sumado
cuanto promete la fe,
y si de la frente al pie,
de tanto dolor fulgura,
¿ qué poder lo transfigura
en cimbel ?, que no termina
de hacer humana y divina
a la sangre de Antequera.
De qué está hecha, Dios mío,
tu agonía redentora
que se te ve y se te llora,
por ser tu Sangre tan río,
de soledad y tan frío,
Nazareno antequerano de la Sangre,
qué océano de pena
es tu desconsuelo,
que tiene anchura de cielo
y cabe todo en la mano.
Digan de Ti, seas alabado,
¡ Cristo de la Sangre Santa !
los ángeles que a tu planta,
por tu cingulo han bajado
de la gloria,
porque fuera tu Sangre
la mensajera
de que tu desangramiento,
tuvo por advenimiento
todo el cielo de Antequera.
Soy Sangre,
pasa Señor la Cruz
al hombro fundida,
diciéndonos: " Y a la vida
la transfundo por amor,
porque soy Redentor,
y salvo a todo el que muera
en mi Sangre,
de manera que esta Cruz
es un avance,
por el glorificante
de la oración de Antequera ".
¡ Os guarde Dios,
Estudiantes de la Sangre redentiva,
y sostenga siempre arriba
vuestras promesas fragantes,
de fieles disciplinantes !.
¡ El dolor de vuestra cera,
arda siempre en primavera,
que es el color rojiverde
que habéis hecho, Cristo Verde,
para el amor de Antequera !.

Como el alma de la Cofradía, primera en la vida penitencial antequerana, un año hace que Ángel Guerrero recogía para El Sol de Antequera, la que fue, maestra conferencia del profesor don Juan Manuel Moreno en sus " Evocaciones históricas de la Cofradía de la Vera Cruz y de la Sangre ", una nazarena sangre.

El gran prosista, siempre admirado por mí, Muñoz Rojas, dio apertura a la espléndida lección. El mismo profesor anduvo por los orígenes de la Cofradía. De Granada os vino el Cristo Verde, penitencia, con el Miserere Mei y trompetas tañendo los dolores. El Pregonero detiene su palabra en el epicentro de la Hermandad. Ya lo vio ante sí, en su Pregón de la Semana Santa, en aquel su romance al Cristo;

Las palmas en Antequera,
no pudiendo con la muerte,
se han cubierto de tristeza
llorándole al Cristo Verde.

El orden temporal es así. En 1600, Jesús de la Sangre; en 1631, el Cristo Verde; en 1676, la Vera Cruz. Prisa tiene la palabra por recordar de nuevo a José Antonio Muñoz Rojas.

Cuando él escribía sus " Cosas del Campo ", que muchos tendréis, cuyo sabor yo aprendí en los Alcázares de Sevilla, en mis paseos con su gran amigo Joaquín Romero Murube, que también lo fue mío; resumió en una frase todo el verde de Antequera; decía Muñoz Rojas: " en Antequera hay una ascensión del verde ", y me pareció fiel, evangélicamente a Cristo. Si con el le o verde se hace esto, que no se hará con el le o seco. Por un lado van surgiendo todas las significaciones cristíferas del Verde. Por otro, todas las concrecciones cromáticas que sugiere.

José María Fernández trazaba su se al imaginera, de Jerónimo Quijano es; si gótico y renaciente es el crucificado, símbolo de la esperanza y de la Buena Muerte. Y qué bien clavado está el Cristo Verde.

Imagen de ático, de retablo fue. Pero Antequera lo quería cerca, en cercanía procesional, y al trono fue llevado. San Francisco y la Calzada lo abrazan al salir, lo abrazan al regreso, ¡ Cristo Verde !.

Jesús Romero y Antonio Parejo tienen hecha una preciosa "Plazuela" a su proyección andaluza, impresa en la prensa. El Calvario de Jaén, el Resucitado de Baena...

Hace treinta años, Emilio del Moral laceaba el sudario, coronaba su preciosa y patética cabeza de espinas. Puso un golpe de cabello, frío e inerte en el "torcalito" de su clavícula. Cristo, Verde, entre los florecimientos de su fragante juventud arrodillándole el nombre, pidiéndole a la Polar para el mal tiempo, pidiéndole a la luz para la ilusión.

Ya en la Sangre todo iba arrastrado por los brazos, como os decía, de la Cruz inversa. En el Cristo Verde, por cualquier rumbo se va a la Buena Muerte, porque son cuatro los hachones encendidos de su navío.

Hablan los textos que su policromía es ascética, de su carne, color de tonos de mar, de sus verdioros, de su rojo de sangre, de su dorado sudario, de su pátina verde. Se sube al verde por sus pies, duramente clavados, que ahí, sobre

claveles. Por su anatomía, que acaba de padecer el trémolo mortal. Por el medio punto del arco de su pecho, rendido a la muerte. Por sus manos santas. Todo es epicentral en el Cristo Verde. Sobre los clavos manuales ya están entregados los dedos de la veneración. Adorable, emerge de sí su nombre, se al de esperanza.

Verde, verderol,
endulza la pena del amor.

Se diría también muguereñamente. Porque pena del amor y puesta del Sol vienen a ser la misma cosa y sombras. Qué nos sugiere el verde del Cristo ?. Color de la hierbecita fresca en que se sentó con los apóstoles Jesús a hablarles ?, color esmeralda ?, color corderillo de la mansedumbre ?. Color verde pizarra del Torcal, me imagino, al amanecer; verde cobalto, verde montana, un río hay en la almajara de Granada que se llama Verde y un verdecimiento total de la tierra desde una isla de las Palomas en Algeciras del río Verde Miel.

Epicentro siempre el Cristo Verde, porque no hay crucifixión así.

Entre cuatro cirios blancos
lleno de paz sorprendente.

Decía mi cántico del Pregón, y seguía la palabra estremecida:

Clavado en un solo clavo
sobre un monte de claveles
redondos como la tierra,
pasa callado y silente.

Cristo de un verde marfileado, Cristo para la mano de la agonía, Cristo del color que un día hemos de tener. Color también de la esperanza.

Morir como va muerto el Cristo Verde de Antequera. Esquinas conmovidas de Obispo o Trasierras o Acera Alta o Diego Ponce. Medianoche de la Calzada, ráfaga de la luz crucificada. El Cristo Verde, epicentro de la oración joven, caminante, cirial, entregada al aire de la promesa y del sacrificio.

A la otra vida se va
por ese color que tiene
la Buena Muerte bendita
de que ha muerto
el Cristo Verde.

Tres clavos y tres potencias
la muerte de Dios sostienen.

Son los clavos para atar
nuestras vidas a su muerte.
Las potencias para izar

en alto su luz solemne,
y la corona de espinas,
red a la que sobrevuelan
todas las penas y lágrimas
que en su nombre se padecen.
No hay lugar en Jesucristo,
que no sea en el Cristo Verde.
Huella de dolor insigne,
ni quedan túrbidas hieles
que no haya bebido
el Santo Grial de su pena.
Viene a San Francisco
segando la miel
del frío por su frente.
Pequeños ríos profundos,
torcales de sangre vierten.

A la otra vida se va
por ese color que tiene
la Buena Muerte bendita
de que ha muerto
el Cristo Verde.

Modelo de penitencia
es su andar de llama y nieve.
Está lleno de oración
y de hondos misereres.
Cientos son las primaveras
que en su ascetismo florecen.
Todas las gubias soñando
con su talla, para verle,
salen de todas las manos
y en su silencio se siente,
de Jerónimo Quijano
y en su dolor se conmueven,
del pie del Veleta vino
a la Peña, y sólo quiere
que la gente de Antequera
férvida y nueva se acerque
a Él, para que en su cielo,
donde toda luz converge,
asistan los Estudiantes
a su cátedra de muerte.
Sobre su piel, las paletas,
todos los colores vierten.
Pero de todos, levanta
su color de canto, el verde.
La esmeralda va diciendo:
" ha muerto en Cristo, mi verde ".
La hierba canta en su mano:

" siento bendito mi verde ".
Los hachones que lo guardan dicen:
" los blancos son verdes ".
El azul del cielo exclama:
" no soy azul, yo soy verde ".
Las amarguras son negras
pero la esperanza es verde.
Todo en Antequera tiene
color salvación o verde.

A la otra vida se va
por ese color que tiene
la Buena Muerte bendita
de que ha muerto
el Cristo Verde.

Esta esperanza antequerana en el Cristo Verde tiene un camino para la salvación; el camino es María. Aquí se llama Virgen Santísima de la Vera Cruz, Isa Ríos la pone tan preciosa como la veis.

Recorre como un temblor raquídeo todo el tiempo de la Cofradía. Santa se diría la suma esperanza que tiene símbolo en el verde. El nombre de María de la Vera Cruz, viene al Pregonero otra vez, aquella prosa de José Antonio, de la que recibí entrañable novedad, como os decía, en Sevilla, estando una tarde, tal vez con uno de los mejores adoradores de la prosa de Muñoz Rojas, Joaquín Romero. El verde nadie lo ha precisado mejor que él, en aquel su libro , ya os contaba de "Las cosas del campo". Decía: " Verde de la belleza de lo cumplido ", fijaos que elegancia de escribir, como diciendo, en el verde campo de Antequera, todo lo que puede ser el verde se ha consumado, se ha cumplido en belleza. Y agregaba; " hermosura diaria, ay de los que te olvidaren, de los que te pierden del alma !. En Ínsula lo editó el libro, hará como cuarenta a os.

Verde de la belleza de la Salve en la Virgen de la Vera Cruz. Todas las advocaciones de María tienen una certidumbre de amor.

Manolo Rosales, el antequerano de quien os hablaba antes, me habla siempre de cómo las cosas en Antequera son diferentes; y es verdad. Él me tiene hablado, con su pasión andaluza, que Ramón Moreno conoce muy bien, y en casa todos, de ese lenguaje único que tiene en Antequera todo el prodigio de su Semana Santa. Desde el alzacola a las devanaderas, desde el capirucho al tarjetero, del trono al izamiento de la Vega, del Hermano Mayor de paso al hermanaco, de la túnica a la Armadilla. Entonces hay que tener siempre que la Pasión pasa por el color ?, por la saeta ?, por el desfile ?, por la oración en definitiva, y es verdad, los dolorosos ojos de la Virgen están mirando en las palmas la infinita dimensión del dolor que Ella va sufriendo, aquello que os contaba antes:" Hay dolor comparable al mío !". Como cualquier madre puede decirlo. Las tres lágrimas visibles que la emperlan, ritmadas con los arcos penosos de sus cejas son un cántico de ternura a la Trinidad beatísima. El poeta dijo, Pepe Romero Benítez: " Y ver tres perlas correr por su carita de cera ", qué bonito !. Todo en Ella es Cruz, por qué la Vera Cruz ?, por la

Cruz Verdadera ?, por la vera o cercanía de la Cruz ?. No creo que pueda encontrarse un símbolo más cabal del Stabat Mater que esta María de la Vera Cruz. Allí estaba María dolorosa.

¿Quién hizo esta Reina de la secuencia ?. ¿San Bernardo?, ¿San Buenaventura?, ¿los papas medievales?. Dicen que de Benedetti, el franciscano viene y ya en pleno XVIII entró y fondeó en el Marial. ¡ Qué gloria el Stabat Mater en la vida de María !. Palestrina, Haydn, Stephan, Bach, Dvöřak, puro texto litúrgico, María de la Vera Cruz. Fundamento de la maternidad, la marianidad, la filialidad. A pie de Gólgota. Todos los nombres la corean y la aclaman: Consuelo, Dolores, Carmen, Paz, Socorro..., pero la Vera Cruz está en el centro del mástil de sangre sobre el que va Cristo agónico, Cristo muerto, Cristo Redentor.

Sin palio estuvo, porque Antequera quería el cielo para Ella, el cielo como palio. Con palio va, porque se la quiso luego más cerca, más encima, más dentro, más en casita.

Y el cielo, luto el manto, detrás de Ella. Dicen que a fines del XVII la hizo Pedro de Mena o alguna gubia muy cerquita de la suya. Se dice su nombre, de la Vera Cruz sobre su talla y toda Ella rompe en brisa de Granada y Málaga, las dos tierras de su imaginero, confluyentes con Antequera. Cruz toda Ella, la fragancia de la vid que canta el libro de la Sabiduría. Oración con bengalas, donde quién mejor que vosotros, donde Diego Ponce o Calzada, cruzan sus esquinas. Por tu amor Antequera, escribió el Cronista de las Cofradías. Cruz de la fiesta de la Cruz de los Estudiantes, de su alegría y dolor, yéndose un día a las Descalzas con manto de gloria para compartir el canto Pascual de la alegría. Cruz, la Vera Cruz, en los platos limosneros que del tiempo flagelante llevaba la Cofradía a la Caja de Antequera para que la gente supiera la continuidad emocional y participativa de su nombre, necesario de asistencia.

Estaba en pie la Madre, a la que más se le pide desde los corazones hermanacos, desde las mantillas que van con Ella, llenas de ojos profundos en la noche, desde la oleada de flor de su trono, desde los ciriales. Se diría, eso que os decía antes de José Antonio Muñoz Rojas: "Salve de la belleza de lo cumplido". Está cumplida la perfección de la oración. Ardamos en la Cruz y estemos en Ella, hace visible la fe, dice toda, en la transparencia de su rosario, en el bordado del pañuelico de la mano, Vera Cruz de la ermita del Cerro de la Vera Cruz !.Cruz en la penitencia cofrade, como aquél que decía mirándola: "siento como si llevara el calor de mi padre en la almohadilla", o como aquel carpinterito arreglador que decía al pie del paso: "vedle los ojos llorando tan cerca", o aquél que se preguntaba: "usted no le ha pedido nunca nada a la Virgen?", con una fe vivida y compartida que dijera en su Pregón Manuel Fernando León, y muy bien dicho: "ante esa Virgen de la Vera Cruz, la palabra va a rendir su travesía por la Hermandad Flagelante, por la grey estudiantil, por la Sangre, por el Cristo Verde, por María de la Vera Cruz".

La plenitud que pone hoy de rodillas la oración pensando ya en el Lunes Santo, el día que se arrodilla toda la Cofradía para abrir la Semana Santa de Antequera.

Ya quedó la Pasión, atrás vencida,
por la oleada azul de su amargura,
la que dio a la humildad tanta estatura
que la tierra dejó a la gloria unida,

en Madre ya ha quedado convertida,
y en cielo, sin dejar de ser criatura,
siendo su pena tan ceniza oscura
en incesante llama está encendida,
detrás del Cristo Verde va María,
Vera Cruz toda Ella en su rosario,
alba de toda noche de agonía,
y reciba en su mano blanca y fría,
la dolorosa pena del Calvario
que ha convertido Cristo en Madre mía.
La Salve en Ella es ala de esperanza
y afán de cielo, cuando por la muerte
llega esa luz distinta que convierte
la vida en alma que su gloria alcanza.
La Vera Cruz en su hermosura avanza por un mar
de clamores que nos vierte
dentro de Dios, de tal milagro y suerte
que de Ella vive toda confianza.
Porque ese Stabat Mater Dolorosa,
su corazón de luz Veracruzera
es fuente en que la salvación
espera y vive,
que porque estaba allí, firme y gloriosa,
el nombre mariano de Antequera,
el Cristo Verde en su esperanza escribe.
La belleza del verde se ha cumplido,
dijo el hondo prosista antequerano.
Pañuelo en su rostrillo ya en la mano,
tres lágrimas en Ella se han unido.
Del Cristo Verde a Ella va tendido
un aliento materno y sobrehumano.
No es un trono, es un fúlgido océano
de cera y oración, de Dios venido.
Vera Cruz deslumbrante y verdadera
!,cátedra de la Salve cofradiera !.
Oleada de luz, platas ciriales,
manto de verdes cielos mariales,
estudiantina de la Salve andante,
sabor de la pureza flagelante,
cíngulo de oro vivo en tu cintura,
reina de las secuencias tu corona.
La Sangre en tu dolor de amor blasona
la tiniebla Torcal de tu amargura,
corredentora Madre es tu hermosura,
nada de tu reinado te destrona,
belénica, Santísima persona,
de la gracia celeste tan clausura.
Preciosa Vera Cruz, Cruz Verdadera,
Stabat en la cumbre redentiva.
Todo se gana en Ti, nada se pierde.

Madre, del Madre mía de Antequera,
guárdala para el cielo y Salve arriba,
llévala al corazón del Cristo Verde.